

FELIX URABAYEN: El escritor y su obra

Juan José Fernández Delgado

La vida de este escritor navarro-toledano se ha de estudiar en íntima relación con Toledo, porque aquí vivió lo más granado de su vida y aquí nació para la literatura como novelista, estampista y ensayista, y porque si su vida hasta 1911 es **doblemente itinerante**, desde esa fecha se convierte en sedentaria. En efecto; **durante su infancia**, por razones profesionales de su padre (guarda forestal) viajó por varios pueblos navarros desde Ulzurrun, donde había nacido en 1883 (10 de junio) hasta que la familia se estabiliza en Pamplona. Allí va a la escuela con su hermano Leoncio y también, por la noche, a la Escuela de Artes y Oficios, donde demuestra estimables aptitudes para la pintura. Y en Pamplona, por recomendación de uno de sus profesores, estudia Magisterio y obtiene en esa Escuela el Título Elemental, y como se suprime, los alumnos pasan a la Normal de Zaragoza donde consigue el Título Superior.

Como **profesor interino** ejerció en varios pueblos navarros (Narvate 1903; Urzaínqui y en la Escuela Superior de Niños de Pamplona), y en Huesca, Salamanca, 1910, como Auxiliar de la Sección de Letras y como Profesor de Pedagogía en el Instituto General Técnico de Castellón, desde donde permuta con Don David Santafé y Benedicto, que ejercía en Toledo.

Ahora bien, **¿Qué le impulsó a permutar? ¿Qué conocía de Toledo en 1911?** Sin duda, su afición pictórica y su amor al arte hubieron de influir en esa decisión y, también sus incipientes quimeras literarias, que ya le impacientarían. Pero entremos en detalles: A principios del siglo XX, Toledo y su pintor, el Greco, eran descubiertos para el mundo del arte y de la literatura con motivo de la conmemoración del tercer centenario de la muerte del candiota, aunque desde la segunda mitad del siglo XIX se venían sucediendo artículos sobre el pintor, que se

intensificaron a medida que se aproximaba la efemérides conmemorativa; también Toledo era descubierta para el turismo, hecho éste sin importancia para su decisión de permutar, pero tendrá gran relevancia para su vida y su literatura.

Y Toledo estaba de actualidad en la prensa y en la literatura: Recordemos **La Voluntad** y **Camino de Perfección**, ambas de 1902, precedidas de varios artículos de sus respectivos autores dados a la prensa y recogidos en libros después con motivo de aquel viaje de 1900 que Baroja y Azorín hicieron juntos a esta ciudad, y antes que todo ello **Ángel Guerra** de Galdós y **La Catedral** de Blasco Ibáñez. Y sobre todos ellos, el libro que más hubo de influir en la decisión de venir a Toledo hubo de ser el de Bartolomé Cossío: **El Greco**, 1908. Luego, tendrá como libro de cabecera **Lo que se sabe del Greco** y otros de Francisco de Borja y San Román.

Y en Toledo su vida se transforma: de itinerante, se sedimenta, por lo que se puede afirmar que permanece en la ciudad de forma ininterrumpida desde 1911 a 1936. No obstante, hace esporádicos viajes a Madrid, siempre por razones de trabajo: bien a la editorial Espasa-Calpe, donde está publicada casi toda su obra, bien a la sede del periódico madrileño **El Sol**, donde colabora desde 1925. “Y siempre a una sola cosa. Si tenía asuntos con la editorial, se desentendía ese día del periódico, y viceversa, aunque tuviera que regresar al día siguiente”, me comentaba Olarra Garmendia. También recorre los pueblos de la provincia y los navarros durante algún verano, y de estas excursiones obtendrá inspiración literaria para sus artículos de **El Sol**. Una vez llegó a Arenas de San Pedro y en otra a las Baleares, pero estas ausencias suelen ser viajes de ida y vuelta. Dos años ejercerá en la Escuela Normal de Badajoz, y desde allí le destinan a Granada, permuta de nuevo y regresa a Toledo.

Y aquí en Toledo su inclinación pictórica es ganada por la literaria, y desempeña su labor docente como profesor de Pedagogía y de Literatura durante 25 años, excepto dos cursos (1918-1920) en la Escuela Normal de Badajoz; ostenta el cargo de director de la Normal desde

1931 hasta 1936, desde la unificación de la Masculina y Femenina. En marzo de 1936 fue nombrado Comisario de Instrucción Pública y Consejero de Educación, se presentó a las elecciones a Diputados a Cortes y de Compromisarios (16 de feb. y 26 de abril, respectivamente), sin resultados positivos. Y en Toledo se dedicó a estudiar la historia y morfología y los monumentos, y las distintas capas que conforman el sustrato histórico-cultural de la ciudad milenaria, y la relación de los ciudadanos con la ciudad. Recorrió cientos de veces sus calles y arrabales y los alrededores, y las márgenes del Tajo, y los cigarrales... Y poco tiempo hubo de pasar para que fuera ganado por la ciudad, como lo fueron otros muchos pintores, artistas y literatos, si atendemos a la confesión de Fermín Mendía: “a esta Toledo de carnes tan flácidas, arrugadas y marchitas como la otoñal más celestina o la celestina más otoñal, se le toma un cariño feroz y sin liberación posible”, y su alma queda dividida en dos mitades equidistantes entre Navarra y Toledo. Y descubrió la fórmula de su secreto: mezcla de pasado como presente, y consiste en la suma de muchos secretos, por lo que a nadie le es dado poseerlo completamente: “Está en la entraña de la ciudad, fecundada por tres razas viejas y artísticas que pusieron en ella lo mejor de su espíritu y no se resignaron a abandonarla. Desde más allá de la muerte velan por su letargo y ahuyentan de sus puertas al espíritu malo del progreso, enemigo de la poesía y de la historia. Toledo pertenece a las sombras, a los fantasmas, a las evocaciones y a la tradición. Por eso es estéril. Sigue entregándose un poco a todos: al artista, al literato, al hombre vulgar. Cada cual cree poseerla íntegra, pero ella guarda su secreto y resbala sobre el amor de todos...”, en **Don Amor...** Y más adelante Don Inocente amonesta al pintor Gaitán: “las cosas son muy poco o nada si no ponemos en ellas un recuerdo o una esperanza. ¿Qué valor tiene el callejón de San Pedro Mártir sin Gracián? ¿Qué es el Puerto de las Nieves sin el Arcipreste de Talavera? Si eres un poco andorrero vete por los callejones y de todos te saldrán sombras al paso. El padre Mariana con su cara seca y afilada como un peregrino. Calderón que cruza el zaguán de su casona del callejón de

Menores. Moreto subiendo por Alfileritos hacia el convento de las monjas donde tiene su capellanía. Garcilaso, receloso y pensativo, a los lomos de su trotón, camino de Olías. Cervantes, departiendo en el Tránsito con Ambrosio Maxía, el escribano. Apenas puedes dar un paso por Toledo sin tropezarte con Lope; te le encuentras paseando con Elisio Madinilla por el Taller del Moro o en su tertulia de San Bernardo junto a la fuente de los Jacintos, o avizorando en la reja de su casa del callejón de San Justo la gallarda y recatada silueta de Elena Osorio, la sin par comedianta. Esto es lo que tiene la ciudad y falta en tus pinturas: Historia”, pág. 119.

Producto de ello son las tres novelas que dedica a la ciudad y las numerosas estampas, en donde expresa sus deseos ciudadanos y sus fracasos y sus dolores, porque duele lo que se ama. Y sin lugar alguno para las dudas, Urabayen amó y muy intensamente a Toledo, ciudad que eligió para vivir y también para morir, aunque esto último no le fue permitido.

Participó en tertulias, a las que no faltaban académicos ni curas, a pesar de los continuos dardos críticos que les lanza. Y a pesar de las despectivas alusiones a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, mi admiradísimo escritor y respetado maestro no tuvo reparo en aceptar el nombramiento de Académico Correspondiente, para el que había sido propuesto el día 15 de diciembre de 1925 por Adolfo Aragonés, Roberto Rubio y Polo Benito, y nombrado el 3 de enero de 1926 en sesión ordinaria.

Y en Toledo se casa con Mercedes de Priede y Hevia, compañera de claustro e hija del dueño del Hotel Castilla, el día 14 de mayo de 1914: Mercedes dice que va a misa a San Nicolás, pero allí le espera Urabayen con dos o tres compañeros y se casan. Y viven un par de años en el Hotel, en la parte que mira hacia la Puerta de Bisagra; después, se va el matrimonio a la Plaza de Santa Clara. Y su inclinación literaria le lleva a escribir novelas, artículos y ensayos, que le reportan fama y renombre hasta los inicios de la guerra. A esta popularidad contribuye de manera decisiva su asidua colaboración en los famosos “folletones” del periódico madrileño **El Sol**

durante once años (1925-1936), con ochenta y cuatro artículos literarios que el propio escritor se apresuró a bautizar como “Estampas toledanas”, “Estampas de mi raza” y “Estampas del camino”, estas últimas con motivo de un viaje que hizo a las Baleares, por lo que no se han de confundir con el libro del mismo título. La primera entrega al periódico madrileño es “Soneto de égloga”, 15 de abril, 1925, dedicada a los pueblos del Valle del Roncal, y su primer artículo publicado, “Ante la tumba del poeta”, está fechado en la revista **Castilla**, número 5, correspondiente al 25 de mayo de 1918, incluido después en **Toledo: Piedad** (1920), en el que expresa sus impresiones ante el sepulcro de Garcilaso en San Pedro Mártir.

Fue amigo de Osorio y Gallardo, de "Pepín" Bello, con quien hizo algún viaje por la provincia; también de Ortega y Gasset, de Marañón y del Doctor Delgado y de Vegue Goldoni, de Olarra Garmendía, director que fue muchos años de Espasa-Calpe, y de Félix de Lorenzo, director, a su vez, de **El Sol** con quienes compartió tertulias literarias en el Madrid bohemio de la época, y de Manuel Azaña, a cuya amistad correspondió aceptando el cargo de Compromisario de Instrucción Pública (22 de marzo, 1936), presentándose a las elecciones antes señaladas por el partido I. R y haciéndose socio del Ateneo madrileño durante su dirección por Azaña.

Desde febrero de 1937 hasta ese mismo mes de 1939 ejerció en Alicante cobrando 12000 pesetas mensuales, y allí permaneció hasta el día 10 u 11 de mayo, pues el día 13, al regresar a Toledo, a su Toledo, fue incomprensiblemente detenido en Atocha y encarcelado en la cárcel Conde de Toreno, donde permaneció hasta el 31 de octubre de 1940, fecha en que es “disuelta” esa institución, por lo que es trasladado a las Comendadoras, de donde salió el 9 de noviembre de 1940. En la Conde de Toreno coincidió con Miguel Hernández y Buero Vallejo, quien tuvo la amabilidad de hablarme de aquellos recuerdos. Regresó a Pamplona a casa de su hermano y allí permaneció hasta mediados de diciembre de 1942, tiempo en el que escribe su última novela, **Bajo los robles navarros**, que ya no verá publicada. El día 14 se traslada a Madrid, a su casa de

Modesto Lafuente, número 80, donde muere el 8 de febrero de 1943 “a consecuencia de cáncer de pulmón”, asistido por los doctores Gregorio Marañón y Ramón Delgado.

Pero Urabayen no era un hombre comprometido políticamente, a pesar de aceptar aquel cargo, aun con la irrevocable determinación de no pronunciar ningún mitin, y de haberse presentado a aquellas elecciones, a no ser que se considere político a quien no pronunció jamás un discurso o mitin alguno ni a quien no ha escrito un artículo que merezca esa definición; además, jamás manifestó su adhesión a partido político alguno, como hicieron, por ejemplo, Olarra Garmendia y Félix de Lorenzo, ni se adhirió a actos partidistas. Tampoco defendió la República de manera activa, como Miguel Hernández, por ejemplo, pues el día 22 de julio de 1936 se refugió en la embajada de Méjico en Madrid y en febrero se trasladó a Alicante. León Felipe, por el contrario, regresó de Méjico y se presentó en el Ateneo madrileño para ponerse a disposición del gobierno republicano; y Antonio Machado, el bueno, cuando se disponía su evacuación a Valencia, él se negaba a abandonar Madrid, “pues aquí puedo resultar más útil para la República”, decía. Sé de su supuesta amistad con Azaña, al que dedica su novela **Tras de trotera, santera**, pero “Al escritor Manuel Azaña. Cordialmente”. Alude también a Azaña en **Nobles, discretos e ilustres viajeros...**, diciembre, 1932, cuando comenta el tratamiento de Toledo en la obra de Jorge Borrow, integrada por “tres tomitos (...) admirablemente traducidos por el recio escritor alcarreño D. Manuel Azaña”. También conozco la fotografía del Rojas, en que se distingue a Urabayen en aquel mitín que dio Azaña, y que se conocieron en las tertulias del *Regina*, dirigidas por el político, y en las del *Granja de Henar*. Y nada más. No conozco más. Y digo también que si aceptó aquel cargo político, aun con aquella inquebrantable condición, rechazó las dos cátedras que la Embajada mejicana le brindaba para él y su esposa en la Universidad de aquel país, aun instado a aceptarlas por Menéndez Pidal, Marañón y Pedro Rico, alcalde de Madrid aquel verano de 1936. Se negó rotundamente a abandonar España. Ideológicamente era un hombre liberal,

más por planteamientos dogmáticos que por compromisos políticos, e hizo votos por que llegara la República, como otros muchos intelectuales, que luego y muy pronto renegaron de ella, y la saludó cuando se presentó, pero sin adherirse a partido político alguno. Sí se comprometió con los presupuestos reformistas, éticos y de instrucción cultural de la Institución Libre de Enseñanza, con una actitud inquebrantable: la propia de un intelectual convencido de que se ha de cambiar España haciendo extensible la cultura para todos, eliminando el caciquismo y llevando a cabo una adecuada reforma agraria, antes desde las necesidades objetivas del país que desde una revolución militarista... Se propuso como ILE: el mejor maestro para el peor pueblo.

Durante sus estudios de magisterio se despierta en nuestro escritor una gran curiosidad por el mundo clásico, griego y latino, que se convertirá en continuado interés por su mitología, filosofía y literatura, de lo que deja constancia en toda su obra mediante abundantes citas, alusiones y comentarios. La veneración por nuestros clásicos se le inculcó también en estos años de formación, y los llegó a conocer en extensión y profundidad: El Arcipreste de Hita, López de Ayala, a quien moteja como el primer cacique de Castilla, Manrique, **La Celestina**, Garcilaso, la novela picaresca, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, al que zahiere con saña y encono, etc., todos ellos, pues, encuentran sugerencias, comentarios y digresiones en sus estampas y novelas. Asimismo, la novela picaresca, a cuyos "héroes-antihéroes" justifica por el "hambre" y la necesidad, le brinda la fórmula para analizar la moralidad de sus contemporáneos: concibe Urabayen el inicio de la decadencia de la raza en los tiempos del Emperador, que ha ido en aumento por individualismo hasta nuestros días, por lo que el pícaro de entonces ha degenerado en el actual -"larva" le llama Urabayen-, sólo que éste esconde peores intenciones y se reviste de variados antifaces. En fin; nuestros clásicos le proporcionan un rico vocabulario y una sencillez sintáctica propia de nuestro dilatado Siglo de Oro. De este análisis de la sociedad actual, surge la comparación entre el ayer y el hoy y el carácter moralista que recorre toda su narrativa.

Su obra literaria -ocho novelas, más de ochenta estampas literarias y ensayos- nace y se desarrolla, pues, en Toledo. Pero su mundo afectivo se repartirá entre su tierra natal y la de adopción, a las que dedica sendas trilogías y un número desigual de Estampas. En tierras extremeñas, sitúa **La última cigüeña** (1921), donde expone coherentes proyectos para industrializar las márgenes del Guadiana, y en Madrid **Tras de trotera, santera** (1932), en la que narra los tiempos que precedieron a la República y el posterior triunfo de la misma. Esta novela debía de ser la primera de una trilogía que no logró terminar. Se tiene constancia de dos manuscritos de la segunda, **Como en los cuentos de hadas**, que llegaron hasta la redacción de **El Sol** en 1932. Además de tratar los tiempos republicanos y la inminencia de la guerra civil, concedía vida libresca a numerosos escritores e intelectuales del momento: Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Gómez de la Serna, etc. En Alicante recopilaba datos sobre sus Memorias y la guerra para la tercera novela y reflejaría la triste realidad de España ensangrentada.

Las tres novelas toledanas -**Toledo: Piedad** (1920), **Toledo la despojada** (1924) y **Don Amor volvió a Toledo** (1936)-, revelan a Urabayen como excelente novelista que logra fundir plenamente el símbolo con lo simbolizado; y como poseedor de grandes dotes para observar el entorno social, con un amplio poder evocador de ambientes pretéritos con un lenguaje clasicista en consonancia con los ambientes que novela. En la trilogía interpreta la historia toledana y su proyección en el futuro y, a través de ella, la historia de Castilla. La ciudad, elevada a la categoría de protagonista en la primera novela, es tratada en su forma real y social, y “descubre” debajo de la corteza la ciudad macerada por los siglos: “Los angostos pasadizos, las encrucijadas tenebrosas con sus Cristos de flotante cabellera, son páginas donde se lee la vida del árabe, la del judío y la del cristiano”, en **T:P**, pág. 244, y la intuye capaz de generar al hombre-histórico salvador de España. La simboliza en una hermosa mujer que unida a un varón fuerte, de corte nietzscheano procedente del Pirineo, engendrarían ese hombre. En **Toledo la despojada**, Urabayen nos

presenta a la ciudad "vívida" por el propio escritor, simbolizada ahora en una hermosa toledana, heredera de grandes fortunas y esquilhada por múltiples amantes y chamarileros; y en **Don Amor...**, después de llevar veinticinco años en la ciudad, nos presenta Urabayen la Toledo "deseada", personificada ahora en la joven Leocadia, nombre que, a su vez, coincide con el de la patrona local. Ahora Urabayen se opone al trasvase Tajo-Segura y propone su desvío por la Vega toledana para hacerla fértil. Pero estos buenos deseos acaban en fracasos por la oposición de sus moradores. Por ello definí esta trilogía como "amores y fracasos" en nuestra ciudad.

En dos planos, pues, se desarrolla la visión toledana de Urabayen: **real y social** que, por una parte, le aproximan a los grandes modelos -Galdós, Blasco Ibáñez- y por otra a las inquietudes regeneracionistas de los hombres "del 98", cuando ya no existía el espíritu generacional, y el **simbólico**, con el que supera cualquier tratamiento de la ciudad anterior y me permite afirmar que Urabayen es el verdadero creador de Toledo para la literatura, como lo fueron "los del 98" de Castilla. Al mismo tiempo, nos ofrece la estampa de la ciudad, su color y sus sonidos; y el abrazo eterno e infructuoso del río y sus alrededores, unido a evocaciones de tiempos y personajes que dejaron huella en la ciudad, están tratados con maestría tal que hacen de Urabayen un intérprete sin par del paisaje, de la vida y del alma de Toledo.

Al carácter local de las novelas toledanas, se opone el regionalista de la trilogía navarra -**El barrio maldito** (1925), **Centauros del Pirineo** (1928) y **Bajo los robles navarros** (1965)-, que se presenta como una continua evocación idílica de toda Vasconia en la que no falta, sin embargo, la nota de censura y reproche. Urabayen detalla la forma de vivir y de morir de la gente vasco-navarra: las antiguas costumbres que aún perduran, los odios atávicos de los aritcuntarras contra los agotes, perdurable absurdamente hasta el momento de ser novelados; la variedad gastronómica, las fiestas de San Fermín; la estampa de numerosos personajes famosos (Gayarre, Navarro, Iparraguirre) y otros populares; las tres posibilidades de vivir que los valles navarros

ofrecen a sus hombres: el contrabando, la iglesia y la emigración. Los valles repletos de hayales y robles, los ríos, las montañas, las formidables tormentas; los blancos caseríos extendidos en las laderas, etc. La vida desintoxicada del egoísmo e hipocresía ciudadana y la muerte tranquila es lo que canta Félix Urabayen en esta deliciosa trilogía, y lo elegido por los protagonistas una vez que han fracasado en la ciudad y han comprendido la malévola condición del género humano.

La diferente visión que nos ofrece Urabayen de las dos regiones se equilibra con el número desigual de estampas que les dedica. También es diferente la actitud su para cada región, tanto en lo referente al elemento geográfico como al humano: A Toledo le cabe una actitud de críticas y alabanzas, producto de la emoción estética que le produce la ciudad y la consideración que le merecen sus ciudadanos; a Navarra le corresponde también una doble actitud: alejado físicamente de la región, la evoca con nostalgia, pero inmerso en ella, al tiempo que canta a la naturaleza, su actitud se torna en crítica, aunque transigente. Son, en cualquier caso, descripciones de paisajes, pueblos, ciudades y monumentos; semblanzas de tipos populares, anécdotas policromadas, salpicadas de historia menuda y chispeante que recogen las impresiones del autor sobre lo que encuentra en sus andanzas por tierras de Toledo y de Navarra, sobre todo. Nacen, pues, del contacto directo del escritor con lo que narra o describe, por lo que tienen un carácter itinerante y reflexivo con apariencia de ensayos, pero “escritas” con singular soltura y gracia. Por ello, resulta muy acertada la definición que el propio Urabayen les asigna en **Por los senderos del mundo creyente**: “literatura peripatética salpicada de prudente husmeo histórico”.

Las toledanas, más de sesenta, las recopiló el autor en tres libros: **Por los senderos del mundo creyente** (1928), en donde se desvelan en evocaciones sin par todos los misterios de la Catedral de Toledo y hace "revivir" a los grandes personajes que moran en sus suelos eternamente; **Serenata lírica a la vieja ciudad** (1928), conjunto de estampas dedicadas a Toledo y sus pueblos, y **Estampas del camino** (1934), producto de sus viajes por la provincia, por

Navarra y por otros "senderos". A estos volúmenes se ha de añadir **Vidas difícilmente ejemplares** (1928), compendio de biografías de personajes abigarrados y pintorescos unos e históricos otros por los que Urabayen sintió una verdadera admiración: El Greco e Iparaguirre, sobre todo. Quedaban sin recopilar de **El Sol** veinticinco, de las que Miguel Urabayen publicó veinticuatro en **Los folletones en El Sol de Félix Urabayen**. Quedaba sólo una, “Nocturnos toledanos”, por rescatar de **El Sol** y, con permiso de María Rosa, la incluí yo en mi libro.

Como ensayista, además de la conferencia pronunciada en un encuentro de Inspectores de Primera Enseñanza en Toledo, “Cómo han visto Toledo...”, publicada después ampliada en varios números de **El Sol**, comenta con valor crítico la concepción que Toledo merece a varios escritores, extranjeros unos y españoles, otros; y amplios comentarios sobre personajes históricos y literarios, y digresiones culturales que vienen a ser verdaderos ensayos, sobre todo en **Toledo: Piedad**, por lo que le definí como “novela intelectual”, pues encontramos verdaderos ensayos: sobre la generación del 98; sobre el Greco (su vida, su proceder pictórico y su ascendencia judía), su obra y el significado de la misma. También sobre el posible origen judío de Cervantes y el significado de **El Quijote**; incluso, sobre Zuloaga, y sobre el místico y el pícaro. Y a través de todo ello, sobre todo estudiando la obra de El Greco y los escondidos mensajes que el pintor atribuye a sus cuadros, la decadencia de Castilla. Así, dice: “Si el cerebro no enloquece, ¿quién hubiera podido con estos caballeros nacidos para ser amos? Sólo llevando en el corazón la gusanera picaresca, y en el cráneo la locura de la Eternidad, pudieron vencer a esta raza las otras aves del corral europeo”, pág. 203. También sobre Don Álvaro de Luna en **Toledo: Piedad**, “En la Capilla de Don Álvaro de Luna”, págs. 254-259. En su primera publicación, “Ante el sepulcro del poeta”, habla de Garcilaso, pero también de los personajes cuyas estatuas se encuentran en San Pedro Mártir: En fin, que su tarea de ensayista se manifiesta en sus novelas y estampas por la cantidad de comentarios, alusiones y digresiones

literarias, históricas, mitológicas, sobre arte, etc., que en ellas intercala, por lo que presentan un carácter cuando menos erudito; de modo que en la literatura de Urabayen, además de gozar con su lectura, aprendemos todo ello de manera amena y agradable.

En sus novelas se alza como prosista delicado y ameno, en las que se conjugan lo real y lo simbólico, lo cotidiano documentado y la fantasía apasionante, la crítica implacable y la indulgencia irónica, a la par que se revela como paisajista primoroso y hondamente lírico. Con todo ello logra un estilo "cuidadísimo" cuya base es la ironía. Y con esta ironía y la vena humorística desplegada por toda su obra, Urabayen se aleja de sus personajes degradándolos o de lo narrado para simular que no concede seriedad a nada. Sin embargo, debajo se desliza la censura y una gran dosis de moralidad. Por todo ello, Félix Urabayen, a la altura de sus setenta años de muerte, merece ser recuperado para la actualidad con la reedición de su obra literaria. Toledo y sus autoridades no pueden considerar cumplido su agradecimiento a Urabayen con la fría e ilegible placa de la plaza de San Agustín. Toledo ha de hacerse cargo del peso de su fama y prestigio, y ha de ser generosa reeditando la obra toledana, al menos, de este escritor que tanto la amó y tanto criticó a sus desaprensivos ciudadanos desde su alma dolorida. Ya se sabe: duele lo que se ama, y para comprobarlo atiendan a su concepción de Toledo: "Toledo, como todos los temas universales, admite tantas interpretaciones cuantos sean los artistas o simplemente viajeros que se le acerquen con ojos de curiosidad. Así pudo ser para los romanos, fortaleza; para los godos, corte, para los árabes, paloma; para los judíos, amada Sión; para los cristianos, espada y cruz. Y para nosotros destierro dulce, una especie de sepulcro maravillosamente labrado donde nos hubieran enterrado en vida", en "Nobles...", **El Sol**, 8 de enero de 1933.

Y para terminar, esta última cita: "Me reprocháis no amar bastante a Toledo. ¡Más que todos vosotros! Porque la amo de corazón, sin falsa palabrería, haría de ella la Meca del peregrinaje artístico del mundo entero y la escuela donde aprenderían las futuras generaciones

lo que la Humanidad es capaz de conseguir cuando obra impulsada por un ideal común. Toledo sola, con su grandeza, con su pasado, como símbolo de una deidad fenecida. ¡Así la concibo yo! Nunca como una de esas viejas egoístas cerradas a la alegría y a la generosidad, a cuyo cuidado se amustia y envejece otra generación por un cariño suicida y mal interpretado”. Y por eso la elige para morir, aunque eso no le fue permitido, como dije.

Pero, miren cómo cifraba su epitafio: “¡Balada del viento, que en las cuatro estaciones aprendiste a glosar los cuatro poemas simbólicos del más allá! ¡Balada que tienes tu Paraíso en otoño, tu Limbo en primavera, tu Purgatorio en invierno y tu Infierno en estío!... Yo te pido tan solo que en mi último viaje por el caminito de cipreses que arranca de San Eugenio no sueltes el registro lúgubre de tu salmodia invernal ni la cólera estéril de tus tormentas veraniegas. Me basta la tonada a media voz, la tonada cariciosa y húmeda que recuerde mi húmedo Pirineo. Acuérdate de que siempre sentí sed en mi camino; sed de silencio y olvido que espero saciar bajo esta tierra milagrosa, que tiene, para recordar un pasado heroico, la canción de sus campanas; para barrer sus sueños pesimistas, la balada del viento; para mantener una ilusión de poderío, la bronca elegía del Tajo, y para aliviar sus presentes nostalgias, la trova de los surtidores que no han olvidado aún el morisco romance de Toledo la bien cercada...”, en **Serenata...**, pág. 49.

Y comentando el tratamiento que Edmundo de Amicis da a Toledo, escribe: “Y como despedida (Edmundo de Amicis) entona un responso poco consolador para los que estamos predestinados a dejar nuestros huesos a beneficio del albaricoque y de la oliva”.

Sobre el *descubrimiento de Toledo y su pintor*, diré que desde 2/XIX se sucedían los estudios sobre la vida y la obra del pintor cretense, sobre todo a partir del estudio de Theophile Gautier (1840). En la década de 1860, Delacroix y Jean-Francois Mellet ya poseían cuadros del pintor; Edouard Monet vino a Toledo (1865) para estudiar al Greco, y Paul Lefort (1869) dejó claro que “El Greco no era un loco ni el desaforado extravagante que se pensaba. Era un colorista audaz y entusiasta, probablemente demasiado dado a extrañas yuxtaposiciones y tonos fuera de lo corriente que, sumando osadías, finalmente consiguió, primero, subordinar y, luego, sacrificar todo en su búsqueda de efectos. A pesar de sus errores, el Greco solamente puede ser considerado como un gran pintor”. Y esta opinión abrió el camino para la consideración del estilo del Greco como obra de un genio, no de un lunático que sólo pasaba por intervalos de lucidez.

1908: primeros estudios de Cossío sobre el Greco, un extraordinario avance en el conocimiento del pintor: -recopiló todo lo publicado hasta entonces sobre el cretense.

-dio a conocer nuevos documentos.

-evidenció la evolución estilística del pintor y señaló tres etapas españolas en su quehacer artístico, amén de las italianas.

-compuso el primer catálogo de su obra con 383 cuadros.

-y afirmó que el Greco asimiló la cultura de Castilla y que fue el que más profundamente la reflejó. Por ello, en relación con los **regeneracionista**, mostró un Greco influenciado por el alma de Castilla. A partir de este análisis, El Greco fue considerado intérprete del misticismo español.

Y al tiempo, presenta una Toledo resumen y esencia de la historia de España, en donde se sintetiza y concentra el misticismo de Castilla. Por tanto, Bartolomé Cossío, autor al que admiraba y llama maestro Urabayan, hubo de influir en el ánimo de nuestro escritor, incluso más que Galdós y Blasco Ibáñez, para solicitar aquella fructuosa “permuta”. Veamos un par de citas. Dice Urabayan:

“Este gran maestro, al reconstruir la vida del Greco, da unas pinceladas admirables, de una justeza de líneas que debieran pasar a las antologías”. Y ahora cita a Cossío: “Toledo era entonces y continúa siendo la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de todo lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas; el resumen más intenso, brillante y sugestivo de la historia patria. Toledo expresa de un modo perfecto la compenetración de los elementos capitales de la cultura nacional: el cristiano y el árabe”. Y continúa refiriéndose al miembro de la ILE: “Es el escritor español que más adentro ha penetrado en el alma de la raza. Mezcla la Historia a los ingredientes de la realidad con tan soberana pujanza, que Toledo emerge de sus páginas con aquella sobriedad y aquel

justo trazo del pincel que dio vida a los famosos caballeros del *Entierro...*”. Cossío insiste sobre Toledo:

“Difícil es encontrar una ciudad tan pintoresca que Toledo, donde a una excepcional situación topográfica —áspera y elevada roca de granito apretadamente ceñida por el profundo cauce del Tajo— se junta el espectáculo de cien civilizaciones apiñadas, cuyos restos conviven formando innumerables iglesias y conventos, viviendas góticas, mudéjares y platerescas; empinados y estrechos callejones moriscos, cuadro real casi vivo y casi intacto, en suma, de un pueblo donde cada piedra es una voz que habla al espíritu”.

Y una vez establecido en Toledo, el succulento libro de Cossío le servirá de guía ciudadana, pues “Nadie como Cossío, el artista de mayor potencia simbólica, ha sabido darnos la síntesis histórica de la catedral toledana. Recorriendo con él las naves, aun para los profanos, la arquitectura del templo aparece clara y exacta, sin el menor rasgo de pedantería académica (...). Y este hombre sencillo, de una humildad espiritual casi evangélica, es quien nos guía a través de tanta ruina con alada ligereza, pero sin olvidar una torre, un capitel ni una verja; condensando lo más hermoso de nuestra hermosa catedral en un par de lecciones modelos de sencillez socrática.

Por nuestra parte, cuando la pequeñez mental de las gentes nos obliga a replegarnos en el “castillo interior”, gustamos de releer al maestro. Su fina prosa, como la piedra venerable de la ciudad, posee el secreto de reconciliarnos con este destierro”.

Así pues, con este alto aprecio hacia el representante de la ILE, lógico es pensar que influyera en su decisión de venir a Toledo.

Aún antes de la llegada de Urabayen a Toledo, aparece otro libro sobre el Greco y su relación con la ciudad. Me refiero a **El Greco en Toledo** (1910), de Francisco de Borja de San Román y Fernández, en donde da a conocer 88 nuevos documentos sobre el pintor cretense; y también **El Greco o el secreto de Toledo** (1911), de Maurice Barres. Y aún antes que todos ellos, los hombres “del 98” ya habían mostrado gran interés por el pintor cretense, para quienes el Greco fue una recurrencia generacional: en 1900, el histórico “grupo de los tres” (Azorín, Baroja y Maeztu) hace un viaje a Toledo y cada integrante deja constancia de la ciudad y de su pintor en la revista **Mercurio**, marzo de 1901. Azorín, además, dedica su **Diario de un enfermo** “A la memoria de Domenico Theotocopuli, y en **La Correspondencia** publica varios artículos sobre el Greco y reclama para el pintor una sala individual en el Museo del Prado. En fin; Toledo como ciudad castellana por antonomasia, y el Greco como captador de su alma, serán asuntos sobre los que Azorín volverá en **La Voluntad** (1902). Baroja, en **El Globo**, publica tres artículos sobre el Greco, y en **Camino de Perfección** vuelve a tratar al pintor; y Valle-Inclán, en **La lámpara maravillosa**. Y antes que ellos, Doña Emilia Pardo Bazán en **Días toledanos**. Y a Toledo como escenario sin par para sus maquinaciones literarias, ya habían acudido antes que ellos Galdós con su **Ángel Guerra** y Blasco Ibáñez con **La Catedral**. Y estas novelas, más **La Voluntad** y **Camino de Perfección**, le habían presentado una ciudad anquilosada, mortecina, al

tiempo que transida de historia y de arte.

Así pues, con la ciudad recién descubierta como escenario literario sin par y con su pintor revalorizado y recuperado para la actualidad, el joven profesor Félix Urabayen decide venir a Toledo a desempeñar su labor docente en la Escuela Normal de Magisterio, y se incorpora el 16 de noviembre de 1911. Viene, sobre todo, a colmar sus inquietudes artísticas y a enfrentarse a sus primeras fantasías literarias, íntimamente relacionadas con las preocupaciones regeneracionistas y noventayochistas, entre las que se halla la idea “del injerto” revitalizador de Castilla. Ya, *Fermín*, el protagonista de **Toledo:Piedad**, reflexiona en el tren camino de Castilla, de esta manera:

“Ahora mi raza, orienta su dinero hacia Madrid; ahora lo que me sugestionan es Castilla; ahora las lecturas me empujan hacia Toledo, ese corazón que aparece como una ruina de Arte y llena mi alma de fantasmas desconocidos y atrayentes (...). Por qué mis entrañas de versolari ansían a Castilla? ¿Por su viudedad? ¿Por su desolación? ¿Por esa luz tan divina de su sol, que es lo único que nos falta a los vascos para volver a ser dioses? No lo sé; pero de todos modos se impone la marcha... Y acaso con ella el injerto”, pág. 57. Y glosando el episodio nada apacible entre D. Quijote y el vizcaíno (VIII y IX -I), *Fermín Mendía* insiste en la misma idea un poco más adelante:

“El de Azpeitia (el caballero vizcaíno contrincante) acabará por presentarse ante la sin par Dulcinea, le rendirá acatamiento.

¿Quién sabe si de esta visita (...) brotará el amor entre estas almas guerreras? Al vasco le falta el magro empaque, la finura corpórea, supremo encanto de la raza castellana. Don Sancho de Azpeitia carece de sales imaginativas; de las fugas del Ideal, divina característica de D. Quijote. En cambio, Castilla necesita un marido fuerte y vigoroso, con los ojos puestos en la tierra; muy práctico para desfondar el suelo y no escarbar estérilmente en el infinito, y de una constancia férrea para encarrilar la volubilidad mental de su Señora; de esta Castilla tan dada a olvidar; de esta Castilla de clámide mística y sombrero de pícaro. ¿Qué región sino Vasconia, puede aportar un noviazgo espiritual tan necesario para Castilla? Vayamos al matrimonio. Acaso los hijos salgan limpios de los vicios de los padres. ¿Por qué no?”, se pregunta *Fermín*, pág. 69.

Unos y otros consideraban España como un enfermo al que era necesario curar. Y consideraban Castilla como el corazón de ese cuerpo doliente y malherido, de modo que sanando Castilla, cuyo centro neurálgico habría de ser Toledo, se originaría una fuerza centrífuga que regeneraría todo el cuerpo enfermo. Y esta imagen de ciudad silenciosa y recogida, anquilosada e inmóvil es la que espera encontrar. Pero Toledo había cambiado de aspecto social, y Urabayen encuentra una ciudad que despegaba como potencial turístico de gran reclamo, pues ya recogía los frutos atesorados durante tantos siglos entre sus piedras; también había llegado a Toledo la impronta modernista en arquitectura y en reformas sociales iniciadas a finales del siglo XIX. Y en esta “resurrección” habían obrado grandemente el marqués de Vega-Inclán y el flamante *Hotel Castilla*, cuyo dueño era un inquieto

irlandés que, a la postre, habría de ser suegro de nuestro escritor. El *Castilla*, como era conocido el renombrado hotel, además, se contaba entre los primeros de España y aún de Europa, al que llegaban políticos, intelectuales, especialistas en Arte y chamarileros, tanto patrios como extranjeros. Y esta ciudad que daba muestras de vida, le entusiasmaría y le sorprendería gratamente, y le gana para sí, como lo habían sido antes muchos otros artistas, viajeros y escritores, si una vez más aceptamos la experiencia de *Fermín Mendía*, trasunto del propio Urabayen y, como él, vino a Toledo a desarrollarse como pintor:

“Llevo en Toledo tres semanas y no experimento cansancio ni siento sed de paisajes nuevos. Este pueblo me atrae, a pesar de su cara de quintañona vieja y agria. Los turistas pasan por su piel de piedra sin conocerla. Ven parte del manto; pero no viven la vida de la ciudad. No oyen su respiración. No sienten el íntimo misterio de su carne desgarrada. No llegan al altar de sus entrañas, para sorprender su concepción, estéril hoy, mañana acaso fecunda.

Esta surna de variadas razas, sólo puede conocerse paseando constantemente por su corteza. Hay que saborear despacio, penetrando diariamente en sus más ocultos rincones. Hay que recorrer sus calles silenciosas, descifrar el enigma de sus ruinas, romper con los ojos la escondida virginidad de sus olvidadas galas, penetrar en estas casitas silenciosas, que al recibir el beso de la lluvia, semejan llorar con empolvadas lágrimas, su eterno abandono”, págs. 73-74. Y más adelante:

“Cada vez Toledo se mete más adentro. Lo enérgico del paisaje, el silencio de sus calles y su vestido severo, dan a la ciudad el gesto triste de una emperatriz destronada. La vida se refugia en la sonrisa cálida de este cielo azul, brillante como una promesa de amor...”, pág. 243.

; luego, en la plaza de Santa Clara, núm. 8, y allí le llegó un aviso de que iban a buscarle. Salió un rato antes y se dirigió al *Castilla*... Pero su estrecha relación con el *Castilla* le presentó la ciudad por dentro: compras y ventas del patrimonio toledano. En Toledo tuvo como principal *Cicerone*” al profesor Pro..., inmortalizado en T:P.

Quieren hacer de Félix Urabayen un hombre político y rabiosamente de izquierdas, más aún, presidente provincial de Izquierda Republicana y comprometidísimo con y ardiente defensor de la república. Y ni por testimonios familiares ni por ninguno de sus escritos que yo conozco, ni por noticias periodísticas encuentro nada objetivo que lo justifique. Antes al contrario, como diré: el miedo una noche de cisco bélico resguardado en los soportales de Zocodover, refugiado en la embajada de Méjico y alejado del frente bélico en Alicante durante la guerra. Caso muy distinto, por ejemplo, es el de Antonio Machado y el de León Felipe, que acudió al Ateneo madrileño procedente de Puerto Rico para ofrecerse a luchar por la república. ¿Pero Urabayen?

María Pilar Latre, en “El espacio narrativo en tres novelas de Urabayen: **Toledo: Piedad**, **Toledo la despojada** y **Don Amor volvió a Toledo**”, va más lejos que nadie en este afán de hacerle izquierdoso,

pues le atribuye una “ideología marxista”. Pero los periódicos:

El Castellano, 22 de mayo, 1931, viernes: “*Los maestros de Provincia. El domingo en el Rojas*. El acto de adhesión a la República, organizado por los maestros de la capital y la provincia para domingo inmediato, se celebrará en el teatro Rojas a las once de la mañana. Presidirán el director general de Primera Enseñanza, señor Llopis, el gobernador civil de la provincia, señor Semprún y el alcalde de Toledo, señor Ballester. Además de estas autoridades, pronunciarán discursos varios compañeros designados al efecto. El acto será público. Sólo hay invitación para ocupar las localidades preferentes. Después de la asamblea, los maestros se reunirán en fraternal almuerzo. Forman la comisión organizadora los maestros doña Esperanza Sánchez, Doña Rita Martínez, don Julio Escalante, don Casiano Fernández, don Antolín Martín y don José Martínez España”. ¿Dónde está Urabayen?

Tampoco aparece su nombre como orador en el mitin en la Plaza de Toros de Toledo, como manifiesta **El Castellano** el 18 de mayo, 1931. Entre los oradores se encontraban: D. Agustín Conde, D. Alardo Prais, D. José Escudero, que sustituye al gobernador de Santander, D. José A. Balbontín, directivo del consejo del apartado radical socialista y D. José Ballester. Tampoco aparece el nombre de Félix Urabayen.

En Polán, “lugar de noble abolengo”, tiene lugar otro mitin republicano-socialista, el 20 de mayo, 1931, y tampoco aparece Urabayen.

Sus dos grandes amigos, Nicolás María Urgoiti y Félix de Lorenzo, disidentes de **El Sol**, fundan la revista **Crisol**, base para la fundación del diario **Luz**, y dicen que se han afiliado a la Agrupación al servicio de la República, en **El Castellano**, 6 de abril, 1931, lunes.

Dice un anónimo, portador de la verdad absoluta hablando de Urabayen, quizá sea Hilario: “La obra de Urabayen quedó eclipsada por tres razones al menos: la figura titánica de don Benito Pérez Galdós, novelista enciclopédico que llena todo un siglo, por la proliferación de novelistas que surgen a finales del siglo XIX y principios del XX, y en última instancia, por la ideología totalitaria del régimen franquista, que marginó la obra y la figura de Félix Urabayen durante muchos años por sus ideas liberales y por su lucha en favor de la causa republicana”. ¿Cuándo?, ¿Dónde?

Buscar en Hemeroteca **El Herald**, 26 de junio, 1930 y **El liberal** de Madrid a partir de 1913.